

SAN GREGORIO VII, PAPA Y CONFESOR

Día 25 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Hildebrando, que éste era el nombre de nuestro Santo antes de su elevación al pontificado, nació en Toscana, en un pueblo llamado Soano. Su padre era carpintero. Pasó en Roma los primeros años de su vida, y fue educado por Lorenzo, arzobispo de Melfi, habiendo contraído estrecha amistad con los papas Benedicto IX y Gregorio VI. Cuando desterraron á este último pontífice, le acompañó á Alemania, y después de su muerte se dirigió á Francia, donde abrazó el estado monástico, siendo nombrado abad de Cluni. Cuando Bruno, obispo de Toul, elegido papa, pasó por Cluni, se llevó consigo á Roma á Hildebrando, cuyo crédito y conocimientos debían servirle de grande utilidad. Nada se hacía sin que antes no hubiese dado su opinión nuestro Santo. Desempeñó comisiones de grande importancia, como la que el papa Víctor II le encomendó, nombrándole legado de la Santa Sede en Francia, para que aboliese el abuso de la simonía en la colación de los beneficios eclesiásticos. El papa Esteban IX le envió igualmente con una embajada a la emperatriz de Alemania, y, estando desempeñándola, el Papa, cuando estaba para expirar, ordenó que esperasen á que volviese y escuchasen su dictamen para la elección del nuevo papa; hizose así, y por su dirección fueron elevados á la cátedra de San Pedro Nicolás II, y por muerte de éste, Alejandro II. Muerto éste, fue nombrado para sucederle con general aceptación y gozo el día 2 de Abril del año 1073. Su profunda humildad no le permitía aceptar tan elevado cargo, y, entre otros medios de que se valió para declinar

su autoridad, fue uno el de escribir á Enrique IV, emperador de Alemania, suplicándole que interpusiese su autoridad para que se frustrase «el proyecto de su elección, declarando animosamente al mismo tiempo que, si llegaba á verse Papa, no era capaz de tolerar sus crímenes enormes y escandalosos. Sin embargo de esto, Enrique prestó su consentimiento á la elección, y fue, por consecuencia, consagrado Papa el mismo día de San Pedro. A todos cuantos escribía les suplicaba, arrasados en lágrimas sus ojos, el socorro de sus oraciones y plegarias para que el Señor le diese gracia y fortaleza para desempeñar dignamente tan elevadas y difíciles funciones. Antes de su consagración escribió igualmente á las piadosas condesas Beatriz y Matilde, aconsejándolas que no mantuviesen comunión con los obispos de Lombardía que habían sido convencidos de simoníacos.

Era costumbre, desde los tiempos de Cario Magno, que muerto algún obispo ó abad, se congregaban luego el clero ó los monjes, y por medio de sus legados enviaban al Emperador el pontifical y anillo de su prelado, y á nombre de todo el cuerpo le pedían que nombrase sucesor. Entonces le nombraba, dándole el anillo y el báculo pastoral del difunto, y le mandaba consagrar, sin que en esto interviniese otro oficio de parte del clero ó de los monjes. Tuvo esto principio en Francia, en Alemania y en Italia, y, á ejemplo de estos reinos, adoptaron el mismo uso los reyes de España, de Hungría y otros de Occidente. Hasta la Iglesia de Roma se conformó con él muchas veces en la elección de sus pontífices, especialmente en la de Juan XIII, Gregorio V, Silvestre, Clemente, Dámaso y otros, los cuales, sin intervención del clero romano, fueron elegidos por Otón I y III y por Enrique III y IV. Algunos pontífices habían sido después elegidos sin intervención del Emperador; pero Enrique III, hijo de Conrado II, cuando pasó á Italia con

motivo del tan célebre cisma de los tres papas, restableció en toda su fuerza este privilegio.

Gregorio VII se propuso hacerle desaparecer. Ocupaba á la sazón el trono imperial Enrique IV, príncipe ambicioso, que, acosado de grandes guerras, vendía los obispados y abadías á quien mayor cantidad le daba, sin tener en cuenta el mérito de las personas. De esto y otros muchos delitos había sido acusado á la Silla Apostólica, y Gregorio le amonestó y reprendió muchas veces, y, por último, le mandó sus legados, diciéndole que el lunes de la semana segunda de Cuaresma del año próximo de 1076 asistiese á un Sínodo que al efecto se reuniría en Roma, á responder á dichos cargos. No contento con esto su apostólico celo, depuso al primado arzobispo de Milán, simoniaco, y, por último, dictó una ley declarando excomulgados é incapaces de obtener ningún cargo á todos los que los hubiesen obtenido por simonía. Mucho ruido hizo en Alemania este decreto; pero, á pesar de todo, mandó el santo Papa pastorales, en las que les exhortaba con el mayor celo á perder antes la vida que abandonar la custodia de las leyes de Dios y de su Iglesia. Excomulgó á Cincio, hijo del prefecto Esteban, y á otros notables personajes, por sus crímenes notorios. Irritado Cincio, estando el santo Papa celebrando Misa en Santa María la Mayor el día de Navidad del año de 1075, acompañado de otros sediciosos, pusieron sus manos violentas sobre el Pontífice, y uno de ellos intentó cortarle la cabeza, y le hizo una profunda herida. No satisfechos todavía, le llevaron preso á una torre de Cincio, en el Parión, que estaba muy defendida. El pueblo al día siguiente, horrorizado de tan sacrílego suceso, corrió presuroso á la torre, la demolió y devolvió triunfante á Roma á Gregorio. No satisfecha la rabia del Emperador, antes bien aumentada con el testimonio tan inequívoco de adhesión de los pueblos al santo pontífice Gregorio, convocó ilegítimamente un Concilio en la

ciudad de Vormes, y llevó el ridículo hasta el extremo de prohibir á los clérigos la obediencia al santo Pontífice, mandando procediesen los cardenales á elección de nuevo Papa.

Lleno de celo por la potestad eclesiástica, privó de beneficios y excomulgó públicamente á los clérigos del Emperador, y al Emperador también. En seguida escribió cartas por toda la cristiandad manifestando las poderosas razones que había tenido para dar semejante paso. Enrique, por fin, convino en pedir perdón al Papa, lo que ejecutó con grandes lágrimas, y prometiendo con juramento paz y ciega obediencia al santo pontífice Gregorio.

Bien pronto faltó á esta solemne protesta. La nueva elección de emperador en Rodolfo, duque de Sajonia, despertó la ambición de Enrique, y movió nuevo cisma en la Iglesia, al que se prestaron desgraciadamente muchos obispos. Su osadía llegó al extremo de declarar vacante la Silla Apostólica, eligiendo al arzobispo Guiberto; éste aceptó la elección y se hizo llamar (Antipapa) Clemente III. Movida de nuevo la guerra por los sajones, tuvo Enrique que abandonar al nuevo antipapa, y se dirigió á Roma á apoderarse del santo Pontífice, que se había retirado al castillo de Sant-Ángelo; mas, habiendo sabido que el duque de la Pulla venía en socorro del Papa, le escribió levantaría el sitio, á condición de coronarle en San Juan de Letrán. Deseoso el Papa de la paz, lo prometió, pero con la expresa condición del arrepentimiento y penitencia pública de los yerros cometidos por Enrique. Obstinado más y más, se negó á tan justa condición, y, mandando venir al Antipapa Clemente III, le entronizó en San Juan de Letrán. Él duque de la Pulla llegó con su ejército, y después de grandes combates puso en libertad al Papa, el cual, conducido con gran pompa y regocijo, se instaló en Salerno, con

algunos cardenales que, fieles y obedientes, le siguieron. Repuesto algún tanto de las persecuciones, disfrutó de la paz, precursora de su muerte, acaecida el día 25 de Mayo del año 1085, después de un glorioso y célebre pontificado de doce años, un mes y tres días, empleados todos en defensa de los fueros y la libertad de la Iglesia. Consta que, estando para expirar, dijo: «Amé la justicia y aborrecí la maldad; por tanto, muero desterrado». Varios escritores contemporáneos dan testimonio de muchos milagros obrados por intercesión del santo Pontífice después de su muerte. A San Gregorio VII puso en el catálogo de los santos Gregorio XIII, por los años 1584; Paulo V, en 1609, concedió al clero de Salerno Oficio propio para el día de su fiesta. En 1705, Clemente XI concedió igual gracia á los monjes cistercienses, y en 1710 á los benedictinos. En 1728, Benedicto XIII extendió su culto á toda la Iglesia.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZIS, CARMELITA DE LA REGULAR OBSERVANCIA

Santa María Magdalena, de la ilustre casa de Pazzis, en el ducado de Toscana, tan recomendable por su religiosa vida como por su santidad, fue hija de Camilo de Greri de Pazzis y de María Lorenza de Baudemont. Nació en Florencia el segundo día de Abril del año de 1566, y en el bautismo recibió el nombre de Catalina. Muy presto se conoció que Dios la había prevenido con su particular bendición desde la cuna. Fue niña, pero nunca lo pareció; anticipóse la razón á la edad, y la gracia, por decirlo así, se anticipó á la razón. Exenta de las ordinarias inclinaciones de los niños, para ella no había otro entretenimiento que la oración. Si la querían divertir, era menester llevarla á la iglesia ó leerla la *Vida* de algún santo. Cansaba á su aya tanta devoción, pero al mismo tiempo la admiraba, como á todos sus parientes.

Debió al Cielo un natural apacible, un genio dócil, pero acompañado con una seriedad y de una reserva tan grata y tan atractiva, que sin libertad la amaban y la veneraban cuantos la conocían. Parecía haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo y con una ternura singular á la Santísima Virgen, según se hacía sensible á todos: la devoción que profesaba al Hijo y á la Madre. Favorecióla Dios con el don de oración antes de saber leer ni tener edad para aprenderlo. Pasaba en ella, horas enteras, y, preguntada qué hacía en el oratorio, respondía: *Pido á mi buen Dios que me enseñe lo que debo hacer para agradarle.*

Entre los siete y ocho años de su edad la comenzó á confesar el P. Rosi, de la Compañía de Jesús, que fue después de toda su confianza, y desde entonces la encontró ya diestra en el ejercicio de la oración.

Nada afligía tanto á la santa niña como no verse admitida á la sagrada mesa de Jesucristo á título de su corta edad, sin poder disimular la santa envidia con que miraba á las otras que por sus años gozaban este privilegio. Atendiendo el confesor á sus ansias, á su virtud y á su razón despejada, se determinó finalmente á consolarla, y á los diez años la permitió la sagrada comunión. Conseguida esta gracia, juzgó no había en el mundo dicha comparable con la suya, y, no sabiendo cómo agradecerla, resolvió consagrar á Dios su virginidad, como lo hizo con voto, y desde entonces se consideró como casta esposa suya.

Esta nueva prerrogativa la inspiró nuevos deseos de padecer, para hacerse más agradable á su divino Esposo. Desde los doce años de su edad comenzó á dormir sobre la desnuda tierra y macerar su delicado cuerpo con todo género de penitencias. La vista de Cristo crucificado la excitaba cada día alguna nueva invención para

mortificarse. Además del cilicio que continuamente traía, hizo una corona de espinas muy puntiagudas, que apretó fuertemente á la cabeza, y pasó toda una noche en este cruel tormento. Era muy ingenioso el amor de Dios en esta tierna doncellita para inventar industrias con que mortificar sus sentidos, encontrando materia de algún sacrificio en todo cuanto ocurría.

Por este tiempo, el gran duque de Toscana hizo gobernador de la ciudad de Cortona á Camilo, padre de la santa niña, con cuya ocasión, por consejo del P. Blanca, rector del colegio de Florencia, pidió y obtuvo el consentimiento de sus padres para quedarse por educanda en el monasterio de San Juan Bautista de la misma ciudad. Creció el fervor con el retiro, y llamaba al convento su paraíso terrenal, por la comodidad que tenía de adorar cada hora á su Celestial Esposo en el sacramento del Altar. Pero, habiendo vuelto sus padres á Florencia, se vio precisada á dejar aquella dulce habitación. Costó muchas lágrimas la separación, tanto á las religiosas como á la niña; pero nada la afligió más que la resolución que tomaron sus padres de casarla. Aunque tenía sólo quince años, era ya muy pretendida, aun mucho más por su virtud que por sus grandes bienes, por su nobleza y por su hermosura. Pero quedaron iguales todos los pretendientes, porque declaró á sus padres el voto que tenía hecho de ser religiosa, y de no admitir otro Esposo que Jesucristo. Como aquéllos eran muy virtuosos, y su vocación tenía tantas pruebas de legítima, no ocurrió embarazo que la detuviese. Dejóse á su arbitrio la elección del convento, y prefirió el de las carmelitas á todos los demás, precisamente porque comulgaban todos los días. Entró, pues, en el convento de Santa María de los Ángeles el año de 1582, casi á los diez y seis años y medio de edad; y pasadas las primeras pruebas, cuando se juzgaba ya en vísperas de tomar el hábito, fue llevada otra vez á casa de sus padres, donde

padeció por tres años grandes y terribles combates; pero, saliendo victoriosa de todos ellos, la restituyeron al convento. Luego que se vio en él, olvidó enteramente todo lo que olía á carne y sangre, dejando hasta el propio nombre de Catalina, que trocó por el de Magdalena, y, resuelta á no dejarse ver de persona alguna de fuera, hizo del claustro su sepulcro, enterrándose en vida dentro de él.

Era novicia Magdalena, y á todas la proponían por modelo para la imitación. Suspiraba cada instante por el dichoso día en que había de consumir el sacrificio; pero se dilató la ceremonia por una grave enfermedad, que la puso á las puertas de la muerte. Profesó, en fin, el día 27 de Mayo, fiesta de la Santísima Trinidad, y profesó con tanta devoción, tan abrasada del divino amor, que por muchas horas estuvo arrebatada en éxtasis. Este fue el preludio de aquellas gracias tan extraordinarias, de aquellos raptos tan frecuentes con que Dios la favoreció. Los dos años inmediatos á su profesión se pasaban pocos días sin estar arrebatada por cuatro y por seis horas en dulces amorosos éxtasis, el cuerpo inmóvil, los ojos levantados al cielo ó clavados fijamente en la imagen de un Crucifijo, el rostro inflamado en el fuego del divino amor, tan apacible y tan risueño, que mostraba bien los deliciosos consuelos en que se inundaba su alma. En esta postura se la oía exclamar frecuentemente: *¡Oh amor! ¡Oh divino amor! ¿Será posible que las criaturas te conozcan y no te amen?* Las continuas lágrimas que vertían sus ojos en estas ocasiones eran indicio de que su corazón ardía en aquel divino fuego que vino el Salvador á encender en el mundo, con deseo de abrasarle en él. Muchas veces salía fuera de sí corriendo por los tránsitos del convento, y por las calles de la huerta, y tomando sus voces á la Esposa de los *Cantares*, decía toda arrebatada: *Buscando voy al que ama mi corazón. ¿Habéis visto al Amado de mi alma? No dejaré de*

buscarle hasta que le encuentre. Y otras exclamaba: Yo vivo; pero ya no vivo yo; Jesucristo vive en mi. Con dificultad se habrán visto efectos más sensibles del amor de Dios que los que se palpaban en aquella alma feliz, siendo preciso muchas veces obligarla á que tuviese metidas las manos en el hielo para templar sus ardores.

Parece que el Señor tenía sus delicias en instruir la por Sí mismo durante aquellas íntimas comunicaciones. Al volver un día de un éxtasis muy dilatado, la ordenaron el confesor y la prelada que dijese lo que Dios la había dado á entender en aquel raptó, y que declarase lo que la había enseñado. «Enseñóme, dijo, mi divino Maestro á que guardase con un sumo cuidado y con una extrema vigilancia la pureza del corazón y la santa simplicidad. Infundióme tan elevado concepto de la virginidad, que no acierto á explicarlo con palabras. Ordenóme que hiciese cada obra particular como si fuese la última de mi vida; que nunca indagase lo que hacían las demás, ocupándome única y totalmente en lo que me tocaba á mí; que mantuviese siempre un mismo humor inalterable, un grande agrado con toda suerte de personas, y que jamás se me escapase palabra alguna que oliese á lisonja ni á vanidad; que procurase ardientemente servir á mis hermanas, considerándome como si fuese criada de todas; que hiciese grande aprecio hasta de las reglas más menudas, persuadida á que todas eran de suma importancia, y á que en la exacta observancia de todas ellas consistía la perfección religiosa; que jamás hablase de los favores que me hacía, ni de las cosas de mi interior, sino con las personas que tenían á su cargo mi gobierno; que nunca perdiese de vista la Pasión de Jesucristo; y, en fin, que tuviese una insaciable hambre de la divina Eucaristía, llegándome cada día con nuevo fervor á la sagrada mesa, y visitando todos los días treinta y tres veces el Santísimo Sacramento, á menos que me lo impidiese la obligación de la obediencia ».

Dijo un día á la prelada cómo la ordenaba el Señor que en adelante sólo se mantuviese con pan y agua; desaprobó la superiora esta singularidad, y la ordenó que comiese lo que comían las demás; pero desde entonces no la fue posible pasar ni un solo bocado de otra vianda, y en lo restante de su vida sólo se sustentó con lo que Dios la había ordenado. Consiguió licencia para andar con los pies descalzos, y nunca se dispensó en esta penitencia, por riguroso que fuese el invierno. A pesar de la delicadeza de su cuerpo, consumido con casi continuas enfermedades, dormía constantemente en la dura tierra, sin desnudarse jamás un áspero cilicio, y una cadenilla que traía á raíz de sus inocentes carnes.

Sufrió además toda clase de tentaciones violentas, que la ponían en inminentes peligros, de que sólo se libraba por la gracia. Vióselas muchas veces, durante aquellos excesos de desolación y desamparo, correr apresurada á los oratorios y capillas reservadas del convento, y, deshaciéndose en lágrimas, abrazarse estrechamente con alguna imagen ó estatua de la Santísima Virgen. Pero la prueba mayor de la magnanimidad de aquella alma fue el oíría exclamar en medio de sus trabajos: «Señor, aunque me sería tan dulce la muerte para librarme de tantos tormentos, no, Dios mío, no me dejéis tan presto morir, para que se me dilate el padecer».

Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa alegre luz á las tristísimas tinieblas. Apareciósele el Señor, acompañando su presencia sensible con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los tormentos pasados. Desde allí adelante, todos fueron éxtasis, todos excesos de amor, abrasada continuamente de ellos en un modo muy sensible. Su grande máxima era ésta: *Amar á Dios y aborrecerse á sí misma*; y añadía: *En esto consiste la perfección*.

Exclamaba frecuentemente en la oración y en sus ordinarios éxtasis (Rom., 8): *¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿La tribulación, la tentación, las angustias? Todas las cosas del mundo me parecen estiércol por ganar á Jesucristo. El Señor me enseña con sus lecciones y vela en mi conversión.* (Philip.) *¿Quién me podrá hacer daño?* Arrebatada un día de estos extáticos excesos, corrió acelerada á un altar de la Santísima Virgen, inflamado el rostro en aquel celestial fuego que abrasaba su corazón, y, postrada en tierra, hizo esta tierna oración: «Purísima Virgen, Madre de Dios, yo me ofrezco y me sacrifico toda á Vos, para siempre y sin reserva; desde este punto en adelante, Vos seréis mi Madre. Después de Dios, en Vos pongo toda mi confianza; dignaos mirarme como á la menor de vuestras hijas; no por eso dejaré de ser la menor de vuestras humildes siervas. Jesús, María: éste es todo mi tesoro y todo mi consuelo.»

Aunque tan joven, y siempre muy enferma, la encomendaron los principales oficios de la casa; fue directora de las jóvenes, por mucho tiempo maestra de novicias, y al cabo superiora de la comunidad, por elección de toda ella. No se puede dignamente admirar la vigilancia, la exactitud, la discreción, la suavidad y la caridad con que desempeñaba las obligaciones de tan diferentes empleos; haciendo conocer á todos que reinará muy presto en una comunidad religiosa el fervor y la observancia, cuando los que la gobiernan mandan más con el ejemplo que con las palabras. En siendo los superiores santos, todo va bien en los conventos.

Favoreció el Señor á su sierva con los dones más singulares; tuvo el de milagros y el de profecía. Luego que expiró en Roma San Luis Gronzaga, de la Compañía de Jesús, vio Magdalena en un éxtasis el sublime grado de gloria que gozaba en el Cielo.

Mientras tanto, iban creciendo cada día sus dolores, sus enfermedades, sin que apenas se pudiese comprender cómo un cuerpo tan delicado podía resistir tantos males. Aumentóse la violencia en la postrera enfermedad; padecía excesivos dolores en todo el cuerpo, sin que con ningún remedio pudiese recibir el menor alivio. *Espero morir en la cruz* (decía ella), *á ejemplo de mi divino Salvador*, decía á una monja que la consolaba. Solamente cuando recibía la divina Eucaristía, se le aliviaban por algunos instantes sus vivos dolores; pero, en medio de ellos, nunca perdió su tranquilidad ni su paciencia. Consumida, en fin, aquella bienaventurada víctima, más á violencia de los incendios del divino amor que al rigor de la enfermedad, rindió el espíritu á su Creador para recibir el gran premio que la estaba destinado, el día 25 de Mayo del año de 1607, á los cuarenta y uno de su edad, después de haber vivido veinticinco en el monasterio.

Inmediatamente después de su muerte dio el Cielo grandes pruebas de la gloria que gozaba, no sólo por los muchos milagros que obró y está obrando el día de hoy en su sepulcro, sino por la incorruptibilidad del santo cuerpo, que pasó á ser objeto de la pública veneración desde que Urbano VIII le beatificó el año de 1626, y Alejandro VII la puso solemnemente en el catálogo de los santos en el de 1669, con las ceremonias acostumbradas.

La Misa es en honor de Santa María Magdalena de Pazzis, del común de las vírgenes, y la oración la que sigue:

¡Oh Dios, amador de la virginidad, que adornaste con dones celestiales & la bienaventurada virgen María Magdalena, encendida en el fuego de tu divino amor! Concédenos que imitemos en el amor y en la pureza á la que hoy celebramos con tanta solemnidad. Por Nuestro

Señor, etc.

La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de San Pablo á los Corintios.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque no es digno de aprobación el que se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda. Ojalá sufrieseis algún poco de mi ignorancia; pero, con todo eso, sufridme; porgue yo os celo, por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita más el limitado entendimiento de un hombre, y su mucho más limitado mérito, que el alabarse á sí mismo; vanidad tan grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende darse á estimar por ella. La verdadera virtud y el verdadero mérito aborrecen las alabanzas; no se alimenta de humo ni de lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, de su propio jugo.

Es la vanidad una pasión muy necia; á todos se hace odiosa, pero nunca enfada más que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura domesticarse con la devoción. El orgullo más delicado y más sutil sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; remeda el aire y el tono de esta virtud, se vale y se sustenta de sus privilegios. Ningún vicio hace representar tantos papeles; no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay otro de quien menos se desconfía. A quien sólo tiene la corteza de la virtud, ésta le parece insípida; el orgullo es la sal que la sazona.

Dedícase uno á la virtud con gusto, mientras saca de ella algún provecho; por más que se diga que sólo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan más estimación, por penosas que sean, ésas se nos hacen las más fáciles; por lo menos, ésas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace dificultoso en su ejercicio; toda la dificultad está en aquellas virtudes que se practican á obscuras y en secreto. ¡Cosa extraña! Aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están más reñidos con ella. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunicase este veneno aun á su mismo antídoto; tal vez en el mismo ejercicio de la humildad se esconde la más fina presunción. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo. Aquellos que verdaderamente lo son, se afligen de que los tengan por tales; el que se gloria, gloríese en el Señor.

El Evangelio es del cap. 2o de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el Reino de los Cielos á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y, tardando el Esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle, entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que no baste para nosotras y

para vosotras; id más bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero, mientras iban á comprarlo, vino el Esposo, y las que estaban prevenidas entraron con Él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan también las demás vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y Él las responde y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

MEDITACIÓN

Del desprecio de las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.—Considera que apenas hay error más pernicioso, y con todo eso apenas hay otro más común, que temer poco las faltas pequeñas, y hacer poco aprecio de las obligaciones menudas. La delicadeza de conciencia en este particular suele reputarse por cierto vano temor de un alma pusilánime; y la escrupulosa puntualidad en cosas pequeñas se tiene por prueba de una capacidad muy limitada. Dícese que un entendimiento despejado pierde de vista estas menudencias, y que la verdadera virtud nunca depende de un cúmulo de menudas observancias que envilecen el ánimo, hacen fastidioso y aun grosero el trato social, y, lejos de fomentar la devoción, la descarnan y la desecan. Sobre este falso principio se da gusto en todo al amor propio, se condesciende con las pasiones, se lisonjea á los sentidos y se huye de toda servidumbre. Esperan las vírgenes al Esposo, pero se descuidan en proveer sus lámparas, porque no piensan que ha de venir tan presto. Después de todo, no parece muy grave este descuido; pero, Dios mío, ¡qué consecuencias no se siguieron de él! No quiso ni aun verlas el Esposo Celestial. Dícese que no es cosa de importancia una faltilla, una regla de poca monta, una ligera inspiración, que no puede importar mucho el despreciarla. Pero qué, ¿puede haber cosa pequeña en las que se refieren á un Dios tan grande, y

cuando se trata no menos que de agradarle ó desagradarle? Desagradar un poco á Dios, ¿será poco respecto de nosotros? No hay cosa pequeña en todo lo que puede contribuir á un negocio tan grande como el de nuestra salvación ó nuestra perfección.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que se engañan enormemente todos aquellos que piensan guardarán cuanto es esencial por la salvación, aunque hagan poco caso de otras menudencias. *El que es infiel en las cosas pequeñas, también lo será en las grandes*, dice el Oráculo de la verdad, el mismo Jesucristo. Tú dices que, aunque seas poco observante y poco exacto, no faltarás á lo esencial; Jesucristo dice lo contrario. Una fluxión, por ligera que sea, si es continua, debilita la vista. Cuando habitualmente se cometen muchas faltas ligeras, es de temer que se pase sin reparo por encima de muchas graves. Los más furiosos incendios muchas veces tienen principio en una chispa, en una pavesa, que se despreció y no se apagó. *Al más robusto edificio*, dice el Sabio, *echa en tierra una gotera*, si no se remedia á tiempo; va el agua poco á poco pudriendo las maderas, comunícase á las paredes, cálase hasta los cimientos, ablándalos, socávalos, remuévelos y da en tierra el edificio.

¡Ah, Señor, y cómo se le representará en la hora de la muerte á un cristiano, a un religioso, esta negligencia habitual! ¿Qué responderé yo, divino Maestro mío, cuando me deis en cara con mi ingratitud, con mi descuido, con mi poca fidelidad en las cosas pequeñas, cuando todos los días las espero y las recibo tan grandes de vuestra misericordia? Haced, Señor, que ésta mi presente confusión me sirva para ser en adelante más fiel, más exacto y más agradecido.

JACULATORIAS

Deseé, Señor, agradarte con todo mi corazón; no permitáis que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la más mínima cosa.—Ps. 118.

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrade, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones.—Ibid.

PROPÓSITOS

1. Ninguna cosa perjudica tanto á la salvación del alma como el descuido en cosas pequeñas; de este principio nacen las más funestas caídas, y en esta infidelidad tiene su origen la tibieza, mal tanto más temible, cuanto fuere menos temido. No es cosa (se suele decir), no es cosa una falta tan ligera; algún día se sabrá de cuánta consecuencia fue esa falta. A lo más pareció una ligereza, un poco de curiosidad, volver la cabeza para ver cómo se abrasaba una ciudad con fuego de Cielo; pues esa curiosidad costó la vida á la mujer de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas, es estar desagradando á Dios continuamente y desobedeciéndole á todas horas en las materias más fáciles. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios; todo es respetable, todo es grande cuando Su Majestad lo manda: su voluntad da un sumo valor, una suma estimación á todo.

2. Si tienes ya determinado cierto método de vida; si tu director te ha arreglado ciertos ejercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á ellas; en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretextos de parecerte menudencia. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exacto en observarlas, sé rígido en castigarte su transgresión, y

nada te dejes pasar en este tiempo. Estas menudencias espirituales fomentan la devoción y contribuyen maravillosamente para hacer santos.